

Un Jesuita en viaje: Hacia allá y para acá...*

Florian Paucke S.J.

* Tomado de la edición de Edmundo Wernicke, de la obra de Florian Paucke. Las notas corresponden a esa edición

ESTUDIOS • N° 5
Julio 1995
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

CAPÍTULO IX

Nuestro viaje de Buenos Aires a Córdoba en Tucumán

Nosotros no demoramos mucho y a fines del mes de marzo partimos de la ciudad. Los más / nobles de la ciudad enviaron para todos sus coches y sirvientes junto con regalos en vino *rosoli*, *chocolate*, azúcar y tabaco; nos hicieron conducir hasta la chacra donde estaba nuestro parque. En este día nos visitaron desde la ciudad muchos *caballeros* y se despidieron de todos. Al día siguiente nos pusimos en marcha y comenzamos nuestro viaje.

Ahora quiero describir nuestra *caravana*, vehículos y manera de ser conducidos éstos. En los viajes *paracuavarios* se usan dos diferentes vehículos o carros; unos son llamados *carretas* que son únicamente carros de carga; los otros son denominados *carretones* en que viajan por lo común las personas viajeras junto con su *equipaje*. Todos los carros son de dos ruedas tan grandes como una rueda grande en un molino de moler. Un hombre puede alcanzar apenas una llanta de arriba. La pieza céntrica o sea el cubo (maza) en que están metidos los vástagos de la rueda (rayos) y el eje del carro tienen un grosor de tres cuartos de vara *in diametro* y a veces es más grueso. La rueda tiene diez vástagos o rayos de un grosor de tres dedos y de la anchura de una mano fuerte. El arco de la rueda o la llanta se construye de tres piezas (camas), tiene a lo ancho un buen jeme, en lo grueso algo menos. Para toda la rueda y la restante armazón del carro no se usa un solo clavo de hierro; todo se asegura mediante unas gruesas cuñas. El armazón consiste de tres maderos, a saber: una lanza de un largo de siete varas, labrada por los cuatro lados y de ángulos iguales, cada costado de un buen jeme de ancho, parecido a un tirante; los dos maderos laterales son cada uno de cuatro varas de largo y del mismo ancho de la lanza; por entre los maderos laterales y la lanza hay a lo largo cuatro agujeros de un ancho de cuatro o cinco dedos; por éstos agujeros son colocados maderos de un grosor y anchura uniforme. Para que el armazón no

Descripción de los vehículos o carros

190 se abra, se hacen correones de un buen / cuero de buey y (con ellos) se mantienen a igual *distancia* los maderos laterales con la lanza. Hacia arriba de los dos maderos laterales fueron perforados seis o siete agujeros en que se aseguran firmemente a ambos lados por arriba unos palos de una vara y media de largo, que forman los apoyos laterales para todo el toldo. Luego se atan un gruesos arcos en la punta de estos palos que forman la bóveda que se cubre con cueros de vaca y se unen bien mediante unas costuras. Los costados son revestidos con cañas indias contra las cuales se teje muy agradablemente una clase de un largo junco filoso que ellos (llaman) *cortadera* o por cañitas muy delgadas que ellos llaman *vimbres*. A esta choza viajante se sube por una escalera chica que durante el viaje está atada al lado de la choza. En ésta se viaja, se duerme y se come. La yacija es un marco de madera atado en las cuatro esquinas y tejida espesadamente por el todo con correas, levantada por encima del piso para que los baúles y cajones puedan estar depositados debajo. El marco de la cama debe tener sólo tres o tres y media varas de largo para que lo restante de las cuatro varas adelante sea cómodo para sentarse el picador de los bueyes pero atrás para el señor. Mejores que las *carretas* son los *carretones* que tienen mucho mayor comodidad y (donde) la choza pasa de cuatro varas de largo en que uno puede estar sentado cómodamente y dormir durante el viaje. Toda la choza está forrada adentro con tablas delgadas y cañas tejidas en lugar de paja; tiene adelante una pequeña abertura y atrás una puerta de dos alas que también puede ser cerrada. Estos carros tienen adelante y atrás dos puntales que los españoles llaman *muchachos*,¹ significa en alemán *Buben*; éstos penden de continuo también durante el viaje adelante y atrás para que el carro, si se detiene, no caiga hacia adelante ni para atrás y en seguida sea sostenido derecho por los *muchachos*. En la punta delantera de la lanza está atada fuerte y seguramente el yugo en que se aseguran bien los bueyes; / desde la lanza parte una larga sogá trenzada en cuero en cuya punta se ata el otro yugo y son uncidos los bueyes delanteros. ¿Pero cómo se podrá gobernarlos, llevarlos al camino o mantenerlos en el camino? Es muy fácil, pues delante de la primera *carreta* marcha uno de a caballo que por lo general es el dueño de las *carretas*. Cabalga paso a paso según el tranco de los bueyes. Si la *caravana* de *carretas* es grande, algunos otros más cabalgan a ambos lados para que en caso de que los bueyes salieren del carril, sean llevados otra vez al camino. A más de ellos hay adelante en cada *carreta* un *mulato* o indio que pica con dos picanas los bueyes; con la mano derecha sostiene una larga caña india que descansa sobre una horquilla que asegurada en un palo sobre el respaldo de la bóveda de cuero sobrepasa el largo de la choza por media o tres cuartos de vara de largo y él pica y guía con esta caña los bueyes delanteros hacia el lado derecho o izquierdo, sostiene en la izquierda una caña más corta y más delgada con que pica los bueyes de la lanza. La caña larga que alcanza hasta los bueyes delanteros, tiene una punta de hierro o hecha de hueso con que aguija los cuartos traseros. Lo mismo la caña más chica está provista con igual aguijón. Si el conductor o peón que se halla sentado adelante en el carro quiere que los bueyes tornen a la izquierda picanea al buey que está uncido adelante al lado derecho; así también con la picana más corta contra el de la derecha de la lanza. Si ellos tienen que girar a la derecha aguijonea entonces con la picana a los bueyes uncidos a la izquierda. El que anda a caballo y representa ser el jefe es llamado *capataz*; el que aguijonea con la picana los bueyes para el tiro lle-

Modo de conducir

Conductor indio o picador

1 Manifiesto error de copista al escribir varias veces «Muchacos».

va el nombre de *picador*, en alemán STECHER. / Cuando en el camino algún carro de carga se encaja o si se rompe algo se detienen en seguida todas las *carretas* y esperan hasta que todo esté remediado para seguir el camino. La *caravana* está provista con fusiles y sables; cada *carreta* o *carretón* lleva puesta al lado una lanza contra el asalto de los indios salvajes pero con todo este cuidado los Españoles se hallan en desventaja las más de las veces.

Las dos cañas de picar tienen también sus nombres: a la larga la llaman *picana*; ella es de una caña de once a doce varas de larga, adornada en todo con penachos de plumas de avestruz de diversos colores y provistas con campanillas colgantes. La caña misma tal cual crece en la selva se llama en lengua india-guaraní *Tacuara* pero la más chica de un largo de más o menos tres varas y media (es) llamada *Nocolocate njoaquitiqui* tiene cerca del agujijón también un penacho de plumas de avestruz. Esta (*picana*) sin el penacho de plumas se usa generalmente por los *picadores* o agujijadores de bueyes en lugar del asador por el cual ellos llaman *picana* al asado.

También tienen estos *picadores* o conductores de *carretas* una larga *corneta* que ellos tocan a veces sobre todo durante la noche para animar a los bueyes; ésta me ha deleitado también especialmente el oído aunque jamás he sido tenido por un buey. La figura de esta corneta es como sigue: es una caña de tres o cuatro y media varas de larga de aquellas de que suelen hacerse las trompetillas¹ para *oboes* y *fagotes*. La caña se llama *canna* (caña) de *Castilla* o sea caña de España pero en el idioma indio *Nocololate*. Esta caña tiene a distancia de un jeme o de un buen cuarto o tercio de vara sus divisiones o —como se dice— sus botones al igual de cualquier otra caña; ahora, como estos botones o *secciones* impiden que la caña en su largor pueda servir en un todo para un pífano por causa de las divisiones de la caña que están todas tapadas, ellos hacen en cada botón una pequeña abertura por la / cual pinchan con un clavo y taladran y limpian lo tapado pero cubren otra vez las aberturas con cera o con una resina pegajosa; arriba en el sitio más delgado de esta caña cortan una abertura que mide una pulgada de largo donde colocan la boca para soplar; abajo donde la caña tiene el mayor grosor, meten un pequeño cuerno para el pabellón. Esta es toda la figura de esta corneta que cuando se toca, suena hasta muy lejos, sobre todo en la noche. Cómo tocan esta caña y qué pieza o sonido entonan, me sería imposible poner sobre el papel y yo dudo que el mejor *musicus* o *compositor* sería capaz de hacerlo. Pero el sonido de esta caña es tan fuerte y también tan resonante como una corneta y —podría yo decir— también algo más fuerte.

Para estos carros a fin de que ni el eje ni el cubo o maza se friccionen muy fuertemente usan también ellos un engrase de carros correspondiente a ello que preparan de la siguiente manera: toman sebo de buey, lo desmenuzan sobre un cuero y lo machacan hasta que llega a ser una *masa*, luego toman paja y la encienden, agregan sebo y lo mezclan con la paja quemada, así el unto se torna completamente negro. Si no tienen paja a mano, toman carbones molidos y lo mezclan con el sebo. Cuando más tarde el eje se encuentra muy frotado y se halla ya demasado tiempo dentro de la maza, forran el eje con un pedazo de cuero crudo y lo untan con sobredicha *mixtura* para engrase de ruedas. Otros toman jabón tal cual se usa para lavar y que es mejor para que no se origine fuego por la fuerte fricción del eje contra la maza y por el calor exterior del sol. Contra el fuego tienen también otro remedio; ellos toman hojas de higueras in-

¹ *Blasröhrlin*, o sea «Cerbatanilla».

194 días que los indios llaman *Daiyamie*, las meten por pedazos entre el eje y hacen seguir / el carro. Como tal *caravana* –pero que por los españoles no es llamada *caravana* sino *tropa*– va marchando por doscientas, trescientas y también cuatrocientas leguas y muchas veces por campos desnudos donde no se encuentra ni un tronquito de madera, llevan siempre consigo una provisión en lanzas, rayos y mazas para que en caso éstas se rompieran en el camino, ellos no queden detenidos en la ruta y puedan reemplazar pronto lo descompuesto. Si no hay tal provisión o si se rompe un carro sobre el campo desnudo donde a distancia de cien leguas no se ve arbolito alguno, son desuncidos los bueyes, se reparte la carga entre los otros carros y la *carreta* rota queda detenida y es abandonada. Frecuentes veces tales carros se encuentran abandonados en el campo.

Sus vasijas para agua

Cada *carreta* tiene sobre la parte posterior una vasija hecha y cocida en barro o arcilla que se fabrica en el reino de *Chile* y en que el vino y el aguardiente se transportan a *Paracuaria*. Por dentro está alquitranada, abajo de todo tiene una canilla de madera para que al igual que de un barril se pueda trasegar el *licor*. Las tropas llevan estas vasijas consigo para que los viajeros tengan bastante agua de beber y cocer pues en las soledades *paraquarias* débese viajar muchas veces por dos y tres días bajo el mayor calor sin que se encuentre una gota de agua para las gentes y el ganado por lo cual se viaja generalmente a hora nocturna y se sigue marchando hasta las nueve horas de la mañana donde por lo común el calor ya ataca con fuerza. Mientras descansan las gentes y el ganado comienza a pacer hasta la cuarta hora de la tarde en que se unce y se prosigue hasta la noche oscura; entonces dejan comer otra vez al ganado por algunas horas y los viajeros se alimentan con lo que / tienen, hasta el siguiente viaje nocturno.

195 Así seguimos viajando poco a poco, con no mayor ligereza de la que pueda tranquear un buey; para hacer una legua española necesitábamos una hora y media. El vehículo en que teníamos nuestra *provisión* iba entre los primeros cuya tarea primera es hacer fuego en el lugar donde se va a consumir la comida de mediodía y poner las ollas al fuego para que cuando lleguen las últimas *carretas* el almuerzo esté ya medio listo. Nuestra *caravana* fué repartida en tres *tropas*; cada una hacía con sus carros un *círculo* al igual de una fortaleza de carros y esto por el siguiente motivo: primero, para que el ganado después de haber comido lo suficiente en el campo abierto quedara guardado durante las horas nocturnas dentro de la fortaleza de carros y no se extraviara en esta extensa tierra; segundo, para que al ocurrir un asalto de indios las gentes y el ganado pudieren huir hacia adentro de ella y defenderse con mayor seguridad contra el enemigo. La cocina consiste en dos zanjas de un largo de cuatro varas cavadas en cruz en que yace la leña encendida. Sobre estas zanjas se colocan a través unas varas de fierro sobre que están las ollas.

Su provisión de leña

En la chacra del *Collegij de Buenos Aires* habíamos hecho en un monte de duraznos una provisión suficiente de leña que en parte se asegura bajo el carro contra la lanza, en parte sobre el techo del *boldo* (así llaman la construcción o choza que se halla colocada sobre las ruedas). Si escasea la leña, la cocina resulta bastante fría y los viajeros deben de remediarse con cardos secos, gruesas matas de plantas campestres, con huesos de caballo, bueyes y otros animales silvestres y con el estiércol del ganado a cuyo calor se cuece y se asa.

Siesta española

196 Para [la hora de] comer teníamos / una tienda larga bajo la cual comíamos el almuerzo. Después de comer cada Español buscaba su lecho debajo de una *carreta* y comenzaba a dormir, pues

ésta es la costumbre en los países de allá de dormir por una hora después de comer. Muchos lo hacen por un tiempo mayor. Nosotros los alemanes no estábamos acostumbrados a ello; nos íbamos al lado de alguna *carreta* donde la casilla daba alguna sombra y rezábamos en silencio nuestras jornadas. En tales circunstancias tuve una rara ocurrencia sobre la cual yo mismo hu-
be de reír y fué al tiempo en que yo rezaba el *completo* y en el *salmo* de *David: Qui habitat*, lle-
gué al *versículo: ab incursu et daemonio meridiano*, sobre el asalto y el diablo que ejerce su furia a
mediodía. A los mismos españoles causó gracia la idea y ocurrencia mía, pues después de ter-
minar la hora de dormir que ellos llaman la *siesta* yo iba de uno a otro y les preguntaba si ellos
no sabían cuál era el diablo del que *David* dijo «el que ejerce su furia a mediodía». Nadie su-
po responderme. Al fin ellos me preguntaron a mí mismo si yo sabía cuál sería el diablo. Sin
titubear les contesté y dije: éste es el diablo de mediodía de que están poseídos todos los Es-
pañoles a la hora de mediodía después de comer y es el diablo del sueño que vaga a la hora de
dicha *siesta*. Esta respuesta tuve que oír muchas veces en el transcurso de nuestro viaje cuando
los Españoles después de comer se acostaban y me gritaban: ¡ah, padre *Floriano* ya estamos otra
vez poseídos del *daemonio meridiano*! SEHEN SIE MEIN PATER FLORIAN, WIR SIND SCHON WIEDER BE-
SSESSEN VON DEM MITTAGSTEUFELE. Yo les contestaba y preguntaba si ellos permitieran que yo los
exorcizara. Ellos estarían libertados pronto de él, pues yo conocía un fuerte / medio ante el cual 197
había de ceder seguramente. Aunque ellos me conocían como que yo les pagaría en buena mo-
neda quisieron saber asimismo por qué medio yo podría exorcizar al diablo. Yo no tardaba mu-
cho en responderles que el látigo era el mejor instrumento para expulsar semejantes diablos y
despertar los soñolientos. Esta broma les fué tan graciosa que más de uno despidió al diablo
del mediodía y permanecía despierto a mi lado durante este tiempo para seguir escuchando al-
go divertido. De este tiempo yo fui por todo el viaje entretenedor de los jesuitas españoles jun-
to con otro jesuita de la *provincia* austríaca que tenía ocurrencias cómicas y sabía amenizar el
viaje a los Españoles. Su nombre de pila era *Martinus*; [él era] agradable en su manera de ha-
blar y divertido en sus ideas. Su manera de pensar podía alegrar a cualquiera.¹ Después que los
Españoles hubieron dormido lo suficiente y el diablo de mediodía había salido de ellos, sona-
ban ya las sobredichas cornetas de cañas. Mientras tanto cada *peón* o picador revisaba su *carre-
ta* si había algo que debía ser obviado o asegurado en el carro; esto se hacía generalmente an-
tes que ellos uncieran. Cuando vimos ya que los bueyes estuvieron reunidos, cada uno debió
subir a su *carreta*, porque la pequeña escalera por la que hay que subir se ataba al costado de la
carreta en su lugar correspondiente.

Ya he referido casi todo de estos carros *paracuavarios* pero me resta agregar cuánto peso se pue-
de cargar en un carro semejante y cuán suave es el viaje en él.

A fin de que este carro no tenga una carga demasiado escasa o demasiado grande se ha dis-
puesto cargar cada uno con lo menos ciento veinte *Stein* / que los Españoles suelen llamar *arro-
bas*. Pero una *arroba* o un *Stein* como decimos nosotros, contiene veinticinco libras; por lo tan-
to calculadas conforme a nuestras pesas en *Cent* [quintales] la carga cabal de un carro importa
treinta *Cent*. Los conductores que se fían en la fortaleza de sus carros y la guapeza de sus bue-

Cuánto peso
conduce un
carro

198

¹ Se trata de Dobrizhoffer. Cf. pág. 11 del MS original.

yes cargan aún más en sus carros, de modo que ellos traen en una *carreta* hasta ciento cincuenta *arrobas* o *Stein*, sobre todo cuando en su viaje esperan un camino parejo; en tal caso cargan también treinta y siete y medio *Centen*. Ahora como hay diversas cargas en que ellos no pueden observar tan exactamente el peso sino que deben manejarlo conforme al espacio y sitio del carro, suelen arreglarse no según el peso sino según la cantidad. Por ejemplo ellos cargan vino o aguardiente en *Chile* que transportan a *Paraquaria*; entonces no cargan más de veinte vasijas de barro de que cada una [como digo] de paso contiene un cubo. Exportan también de *Paraquaria* grasa de vaca en estas vasijas de las cuales colocan también sólo veinte en un carro. Se cargan ciento veinticinco, también ciento cincuenta cueros de buey; cada cuero si quiere obtener su valor íntegro debe pesar cuarenta, también cuarenta y tres libras. Cuando conducen yerba *paraquaria* que encierran en costales de cuero cuadrados, no aceptan más de veinte; cada costal contiene siete u ocho *arrobas*, esto es uno y tres cuartos quintales o dos quintales.

La comodidad de este carro para los viajeros es grande, en cuanto uno en él está libre de la lluvia e intempestuosidad del tiempo. Si se quiere dormir, se tiene a mano la cama pero ¡guay de aquel que no está habituado a golpes ni sacudidas! de pronto volará en la cama hacia arriba, de pronto rodará de un lado al otro. /

Si perdura mucho el calor, se calientan los cueros con que la chocita está cubierta y nadie puede aguantar el calor, ardor y sudor. Cuando el tiempo está algo húmedo o algo lluvioso se refugian en ella todas las moscas cuantas puedan caber adentro que no cesan de picar al viajero durante día y noche, le producen en la cara y las manos grandes ronchas y hasta traspasan con sus agujijones un ropaje liviano que por poco que sea cada uno debe llevar para que no se consuma de calor. Sin embargo con el tiempo uno puede acostumbrarse a las sacudidas y dormir bajo el sobreviniente cansancio, pero no es posible habituarse a las picaduras de las moscas.

Al fin llegamos a un lugar donde hay una imagen llena de gracia de la Madre de Dios. Era una villa de nombre *Luxan* (léase *Luchan*);¹ la habitan sólo los Españoles y ahí es de verse una grande y bella iglesia. Dista de *Buenos Aires* veinte leguas. Nosotros hicimos allí nuestra devoción, adquirimos alguna provisión de carneros para el viaje ulterior y después de terminado el almuerzo proseguimos nuestro camino. Marchamos durante siete días y noches enteras sin que viéramos alguna otra persona ni vivienda. Mirábamos por un campo llano, extenso y ancho que debe deleitar la vista del hombre; era tan parejo como el mar cuando está tranquilo; no era de verse arbolito alguno; todo el campo no tenía otra hierba que puro trébol. No se encontraba ni una gota de agua ni de sitio alguno que pudiera tener agua. Este campo llano es muy inseguro para cruzarlo por las correrías de los indios *Pampas*, *Pelchues*, *Serranos* y *Aucaes*. Los Españoles limpiaron sus fusiles y los prepararon contra los indios. Para nosotros ya / era demasiado fatigoso el viajar en este carro de continuas sacudidas. Hubiéramos montado de muy buen grado sobre los caballos de los que teníamos suficientes hasta decir muchísimos con nosotros, pero faltaban los arrees y las sillas de montar. Yo no pude aguantar más, sobre todo cuando vi un campo tan lindo y no podía desde la *carreta* contemplar esta linda región. Yo tenía un cojín de cuero que me servía de almohada, me empené en conseguir una cincha y me hice ensillar con

Cruzamos por una ancha y dilatada llanura

200

Mis arrees de montar

¹ Conforme a la fonética alemana: Luján.

este cojín el caballo; en la cincha aseguré a ambos lados un correón que debía de servirme para estribo. El freno con que goberné al caballo fué a su vez un correón atado a la boca del caballo. Monté a caballo y partí. Mi ejemplo movió a otros compañeros a hacer lo mismo, a aprestar sus caballos y seguirme. No hacía mucho que yo había cabalgado solo hacia adelante cuando ya vi tras de mí a doce *franciscanos* que viajaban con nosotros a *Córdoba*, a proseguir sus *estudios*; entre ellos había un sacerdote *fray Pedro de la Huerta*; los restantes, todos Portugueses habían sido aún coristas y soldados desertores de los Portugueses. Yo vi que todos tenían sus completos arreos de montar; al final de éstos seguían quince jinetes negros que estaban sentados a caballo bastante *a la grace*, al igual que yo pero nos seguían con toda prisa; todos éstos eran jesuítas, en parte sacerdotes, en parte aún jóvenes estudiantes. Así contábamos ya veintiocho montados a caballo; si hubiéramos encontrado indios, hubieran mirado bien.¹

Cuando así reunidos seguíamos cabalgando vimos en el campo a unos dos mil pasos distantes de nosotros una gran cantidad de pequeñas gamitas. Yo ya tenía ánimo de meterme cabalgando entre ellas / y de cazar. Hice de guardabosque mayor y envié a lo lejos de a dos y dos a algunos de mis compañeros hacia los lados para que rodeáramos esta salvajina;² en el ínterin nosotros esperábamos hasta que los enviados estuvieron todos en sus *puestos*; de pronto todos comenzaron a cabalgar a plena carrera de los caballos hacia ellas y a mantenerlas en medio de ellos. Estas gamas estaban ya tan fatigadas que dejaron colgar las lenguas fuera de la boca; estaban también tan aturdidas que apenas atinaron a escapar. Yo atendí más a la salvajina que a mi silla; la cincha se aflojó de modo que mi cojín cayó al suelo y asimismo yo perseguí con ahínco las gamas. Al fin me había deslizado tanto sobre el caballo que me encontré casi sobre el pescuezo del caballo; por esto tuve que interrumpir mi caza para no perder del todo mi cojín: pero quién recordaría en un llano casi infinito donde se halla la menor seña por la que uno podía guiarse para buscar lo perdido y donde por la altura del trébol tampoco es de verse lo que yace por el suelo. Sin embargo mis cazadores monteses siguieron firmemente y cazaron dos gamas que de cansadas cayeron al suelo; las cazamos vivas a ambas y las trajimos atadas a nuestras *carretas*. Los peones de las *carretas* o picadores de bueyes saltaron de sus carros, mataron en seguida ambas gamas, las tiraron sobre los carros y prosiguieron el viaje.

Ahora la preocupación era por mi cojín perdido que fué difícil de encontrar aunque todos los de a caballo se esmeraron en buscarlo pero fué hallado al rato.

Ya se acercaba la noche y amenazaba con una fuerte tempestad; soltamos nuestros caballos y cada uno se metió en su carro. Nuestras *carretas* recibieron en seguida la orden de detenerse y de cerrar los puentes carreteros. /

Poco después nos atacó un terrible ventarrón junto con un chaparrón consumado. El relampaguear, el tronar y el granizar eran terribles y un rayo tras otro descargó en nuestro derredor pero sin daño a algún hombre o el ganado. El campo estuvo pronto lleno de agua pero bajo una tienda grande se preparó algo para la cena. El que quería comer allí debía vadear por el agua; el terreno por no ser firme sino suelto cedía a cada paso. A causa de la carencia de sirvientes no era tampoco posible que a cada uno le fuere llevada su comida. Quien tenía unas

Nos
divertimos
cazando

201

Su
campamento
nocturno

202

Tremenda
tempestad

¹ Una oración oscura que puede aludir tanto a los indios como a los jinetes.

² Uso este término por asemejarse más a la palabra alemana «Wildbret» y haber sido usado en igual sentido por conquistadores.

buenas botas, podía todavía buscarse él mismo la cena. Yo me resolví pues a vadear por el agua y el lodo. La noche era tan oscura que yo no pude distinguir nada a distancia de tres pasos pero el continuo fuego desde el cielo me alumbró el camino. Tomé en la mano mi campanilla de *Loreto*,¹ me santiguaba constantemente con la santa cruz y tocaba de continuo. En este paseo empleé una buena mitad de un cuarto de hora hasta que arribé al lugar con el cual di por llamadas y respuestas. Creo que no he pasado en el mar por semejantes sustos aunque jamás he sido miedoso. Después de comida la cena tuve que regresar otra vez a la *carreta* y buscar el lecho nocturno. Si antes me fué difícil hallar la tienda aunque notara la lumbre en su interior, fué entonces más difícil encontrar entre tantas *carretas* la mía, pues no se veía ninguna señal de la luz. Por ello tuve que auxiliarme con un continuo llamar y gritar por sus nombres a mis vecinos / los que contestaron cumplidamente y yo seguía a la voz. Ya no había hilacha seca alguna sobre mí; debí desvestirme en seguida y buscar el lecho.

203

Esta noche quedamos parados en el mismo lugar pero a la madrugada se había perdido la tempestad. El cielo aclaró y el sol que siguió luego junto con un buen viento endurecieron el suelo de modo que pudimos proseguir con mayor prisa. Ya habíamos hecho ochenta leguas sobre esta tierra llana y aún debíamos de marchar cuarenta leguas. Al segundo día llegamos a una localidad española donde no encontramos otra cosa sino Españoles armados que se hallaban provistos con algunos cientos de caballos. Toda la localidad no tenía más que tres chozas edificadas a lo largo, que tenían en su derredor un cerco espeso construido con gruesos palos. Oímos que estos soldados habían ocupado este lugar porque por frecuentes ocasiones los indios se dejan estar en esta región y quitan la seguridad a los caminos. El nombre de esta localidad era: el *Fuerte de Pergamino* o la *Vestung Pergamino*. ¿No le voltaría a uno la risa en la contemplación de esta fortaleza de las Indias? El fuerte entero no tenía en su circuito más de cien pasos; si este palenque de palos merece un nombre de fortaleza, entonces cada agricultor en nuestros países que ha cercado su granja con muros en derredor tiene una fortaleza mucho mejor y más resistente.

Fortaleza y guardia españolas

¿Cómo eran luego los soldados? Contestación: iguales al fuerte. Uno que otro estaba provisto con un fusil pero los demás tenían una lanza cada uno; [no vestían] ningún uniforme; todo su vestuario era una camisa; sobre ella un rojo corpiño de franela que ellos llaman *chaleco*, un par de / ropas interiores que ellos llaman *calzoncillos*; no tenían en los pies un calzado; sólo tenían un par de botines¹ sin taco hechos de cuero de buey, de tigre o de gama. Estos soldados estaban obligados a revisar diariamente la región por algunas leguas o de cabalgar a *reconocerla* como se dice. Ellos tenían también un centinela que estaba sentado en una altura de lo menos ocho brazas en lo alto y observaba desde arriba el país por muchas leguas en derredor. ¿Cómo será construída entonces esta casilla de guardia (que los Españoles llaman *mangrullo*), y erigida tan alta? Había cuatro de los más altos árboles² [postes] que repartidos en un cuadrado³ distaban dos varas entre sí; sobre ellos había un lugar para sentarse al cual el soldado debía de su-

Descripción de los soldados españoles en Paracuaria

204

¹ Según la leyenda, la casa de la Virgen fué trasladada desde Nazaret a la ciudad italiana Loreto y los objetos de culto adquiridos allí poseían fuerzas milagrosas. Tanto Sepp como Dobrizhoffer y otros, emplearon también estas campanillas contra las tormentas.

² *Stiffletten* (botines); El autor omitió agregar «o de potro».

³ *Bäume* (árboles), pero en el presente caso se trataría de postes traídos de otras partes.

⁴ *In vier Ecken*. Literalmente: «en cuatro esquinas».

bir por un escalerón. El desempeño de los demás que estaban sentados abajo en las chozas no era otro que jugar a los naipes y divertirse. Semejante modo de vivir tan holgazán nos pareció tan *insólito* referente a los soldados alemanes, que no pudimos concebirlo. El jefe de este destacamento de soldados no se diferenciaba en nada y no se le hubiera reconocido si nosotros no hubiéramos preguntado por él; jugar a los naipes, comer, beber mucho, dormir y blasfemar lo sabían tanto el *oficial* como el simple soldado. Yo me [los] imaginaba como una banda de asesinos reunida en Alemania. No crea nadie que estos soldados fueran una tropa regular y ejercitada en las reglas de la guerra. Son gentes vagas como los indios, jamás pelean en formación, no obedecen a mando alguno, cada uno mira por el modo o cómo poder huir o cómo despachar a la Eternidad con buena y segura ventaja un *indio*. Aunque no es impropio que se combata a los indios por modo igual y armas iguales pues jamás ninguno de ellos *forma* / en un orden de batalla sino que se empeña en perjudicar a su enemigo, pero asimismo el indio es más animoso que semejantes haraganes agavillados especialmente cuando nota la oportunidad de aplicar con ventaja su golpe o puñalada.

205

Al lado de este fuerte tuvimos que estar parados durante medio día por causa de tomar bueyes frescos que los conductores de nuestra tropa o *Caravana* tenían allí a pastaje y en prevención para mudar los bueyes frescos por los cansados y dejar a éstos a pastaje hasta el regreso.

Cualquiera opinaría que durante un viaje en las Indias se daría abasto con cuatro bueyes a un carro y que al igual como en Alemania con cuatro caballos no mudados que no son usados en demasía uno podría viajar hasta la lejana campaña. Pero hay que considerar que la incomodidad de los caminos, el alojamiento nocturno sobre el campo abierto, el forraje de pura hierba, la carencia de agua [que es] sumamente escasa, especialmente bajo un calor tan grande y junto con ello la gran carga, deben de debilitar mucho al ganado; aunque yo pueda atribuir a un buey en las Indias la fuerza de dos iguales en Alemania, por cuyo motivo se destinan a cada *carreta* diez bueyes para mudar en prevención de si acaso alguno rengueara o se enfermara; sino [resultaría que] por un buey inútil toda la *tropa* quedaría retardada aunque el buey si bien desuncido debe recorrer siempre este camino pero puede reponerse más pronto que cuando debe llevar el yugo.

Para una sola
carreta se
necesitan
muchos
bueyes

¡Hágase pues la cuenta de cuantos bueyes se necesitan para tres tropas, en conjunto noventa y cinco *carretas*! / No serán menos de novecientos cincuenta; fuera de éstos hay que arrear el ganado para carnear. Sígame calculando para cien y algunas setenta personas el alimento diario que consiste únicamente en carne vacuna, pues no se ve pan alguno; para cada persona lo menos cien libras de carne; yo podría tener un cargo de conciencia si declarara un cuarto de libra menos pues estos zagales que tienen más la naturaleza de indios que de Españoles demuestran una insaciabilidad y si uno no los viera devorar sino sólo contemplara sus asados creería que tales estómagos no tuvieran fondo sino una sola tripa en el vientre de modo que cuanto ellos comen busca en camino recto la salida. Nadie podrá comprender cómo en unos países tan cálidos fuere posible engullir de una sentada una *porción* tan inmensa de carne y ello no obstante al anochechar sentir un *apetito* o incitación a tragar una porción igual o mayor que a mediodía.

206

Una porción
para una
persona es de
seis libras de
carne

5 Una oración oscura que puede aludir tanto a los indios como a los jinetes.

6 Uso este término por asemejarse más a la palabra alemana «Wildbret» y haber sido usado en igual sentido por conquistadores.

Por qué los
indios son tan
voraces

207

La causa

208

Quisimos
buscar indios
salvajes

209

Asómbrese cada cual a quien este relato parezca extraño, yo ya no me asombro desde que he visto por la experiencia lo que ocurre y lo que yo mismo he comprobado. No en vano todos los nuevos *misioneros* fuimos aconsejados en *Buenos Aires* cuando recién llegamos a esa ciudad que no comiéramos con parsimonia y a la *manera europea* sino que llenáramos bien el estómago pues a la media hora después de la comida seríamos incitados a comer. Pregúntese a un físico y sin titubear él atribuirá esto al aire absorbente. Yo no contradigo que esto pueda contribuir mucho / a la rápida digestión pero no admitiré que en toda la *América* (que en magnitud sobrepasa tal vez cuatro o cinco veces a *Europa*) reinara un aire tan absorbente y por ella todos los *indios*, *mulatos* y negros fueren tan glotones. Por lo tanto la causa debe hallarse en algo diferente y no sólo en el aire absorbente. Ellos [los físicos] se basarán tal vez sobre el consumo del agua pero el problema no queda relevado pues no es preciso recorrer los países para encontrar aguas que posean virtudes y defectos diferentes. ¿Cuál será entonces la causa? Aquella que han observado todos los hijos del país. La carne es sin duda de buen sabor, gorda y buena de comer, pero no da la nutrición que la carne en los países *europeos* suele dar, pues la carne no es tan *substanciosa* como en *Europa*. El forraje no es tan fuerte porque no es otro que la hierba tal cual el ganado la encuentra en los bosques y sobre los campos; [el ganado] está expuesto a todo tiempo tempestuoso, más arisco que domado y cuando debe ser amansado se le obliga mediante el hambre; cuando es recogido para la carneada queda extenuado; después es encerrado en corrales por dos o tres días sin forraje y luego se mata. ¡Cómo tal carne podrá tener una fuerza nutritiva! En nuestros países se corre a veces el ganado hasta que quede flojo y cansado, se degüella en ese cansancio y la carne es buena para comer. La carne de un ganado cansado en *Paraquaria* es tan fea y sin sabor como la paja. Si yo sirviera a alguien en nuestros países una carne vacuna tan cansada / nadie comería un solo bocado de ella. No en vano exclaman y gritan aquellos que en *Buenos Aires* llevan la carne por las calles: *carne fresca descansada*, FRISCHES UND AUSGERUHTES FLEISCH. En verdad yo puedo decir que cuando recibí en la mesa carne vacuna conocí al primer bocado si había sido un animal cansado, cuya carne yo había probado.

Sea esto un proemio de lo que he de referir en el transcurso de mi relato acerca de los *indios* glotones.¹ Volvamos otra vez al camino de nuestro relato de que nos hemos desviado un poco antes.

Después que estuvimos provistos de nuevo con bueyes de tiro frescos y con buenos, frescos y gordos vacunos para carnear, fuimos transportados tanto más rápidamente. Cuando habíamos hecho otra vez algunas treinta leguas por tierra solitaria llegamos a un río que los Españoles llamaban *Río Segundo*. En la otra banda del río encontramos una población o aldea en que vivían sólo Españoles. Ellos tenían una pequeña capilla donde en los días domingos y festivos celebraban su servicio religioso. Pasamos con felicidad el río si bien él tenía tres varas de hondo. En la otra banda tomamos el camino a corta distancia del río. Otra vez monté a caballo con un compañero inseparable, el *Fray Pedro de las Huertas*. Como habíamos oído que los *indios* en la mayoría de los casos suelen hacer sus campamentos cerca de este río, nos picó la curiosidad de buscar tales [indios] pero cada uno de nosotros llevó consigo un fusil para seguridad. Cabalgamos sin / decir a nadie adonde [íbamos]; dejamos nuestras *carretas* y nuestra marcha fué en de-

¹ La voracidad e insaciabilidad del indígena llamó extraordinariamente la atención de todos los misioneros.

rechura al río sin que miráramos para atrás, donde quedarían nuestras *carretas*. Los jefes y dueños de toda la *tropa* notaron esto. Ellos quisieron pegarnos un susto y habrían visto con placer (como más tarde confesaron) que nosotros hubiéramos huído de miedo). Enviaron ocultamente tres hombres de a caballo al río los que debían adelantarse a nosotros y esconderse tras el matorral como *indios* escondidos. Les siguieron también los dos dueños de las *carretas* y se escondieron entre un matorral hacia el cual cabalgábamos en derechura. Ya nos acercábamos al río y veíamos de vez en cuando unos paraderos entre la hierba; sin duda —nos dijimos uno al otro— no han de estar lejos los *indios* pues ahí han tendido su campamento nocturno. Cabalgábamos con ojos alertas a todos los matorrales si podríamos ver algún ser viviente. Aún no habíamos adelantado unos cien pasos más allá, cuando vimos que en un arbustito comenzó a moverse algo; nos sorprendimos y cesamos de avanzar cabalgando. El movimiento del matorral creció cada vez más; al fin resolvimos hacer fuego. Yo amartillé el gatillo y me apresté a tirar; entonces saltaron los Españoles de entre el matorral, nos gritaron y se dieron a conocer. Fué una suerte que no había descargado todavía, como quise, sino esta broma se hubiera tornado en realidad y yo sin saber hubiera muerto a tiros a algún compañero nuestro. Nos rogaron volver con ellos a nuestras *carretas*, porque en realidad este río no era seguro por los *indios*, y no exponernos al manifiesto peligro de perder la vida; por lo que hemos retornado con ellos y no deseábamos más 210 buscar indios.

Cuando hubimos vuelto a nuestras *carretas*, vimos otra vez muchos jesuítas montados a caballo; los más tenían en las manos unas largas cañas huecas y muy livianas y se entretenían con la caza de perdices de las cuales encontramos en estos campos una gran cantidad y cazamos muchas. Las perdices en *Paracuaria* no son de la forma como en Alemania ni corren ni vuelan en bandadas unidas sino que se quedan aisladas y recorren el campo. Tienen la figura y la forma de una alondra grande. Cuando [la perdiz] está sentada bajo el pasto no se la ve pero cuando se levanta y corre se descubre por su incesante cantar. El color de las plumas es igual al de las alondras. Por su cantidad y la facilidad con que ellas se dejan poner el lazo es divertido cazar estas perdices. Por quien está montado a caballo es lo más fácil cazarlas; si ocurre que la perdiz vuela, el perseguidor galopa tras ella porque ella se asienta otra vez a los cien pasos o más y donde ella está sentada cabalga en derredor dos o tres veces pero siempre tan cerca que pueda alcanzarla y cubrirla con la larga caña en cuya punta ha asegurado un lazo hecho de un cañón de avestruz rajado a lo largo. Cuando forma el caballo este *círculo*, ella comienza a temer y se agacha por completo contra el suelo; allí el jinete puede ponerle seguramente y cómodamente el lazo en derredor de la cabeza, da con la caña un pequeño golpecito a cuyo sentir la perdiz levanta el vuelo y ella misma cierra el lazo en el pescuezo. Así nosotros en un solo día / hemos 211 cazado algunas veces cuarenta y hasta cincuenta. La carne es completamente blanca pero poco jugosa y muy seca para comerla; los huevos son de una cáscara *violeta* roja y se hallan muchos nidos entre la hierba; [los huevos] son también buenos para comer.

Con esta caza de perdices el día no nos resultó largo, mas el tiempo demasiado corto, pero con esta caza jamás demoramos en nuestro viaje y encontramos cada vez más cerca de la ciudad de *Córdoba*. Llegamos a una pequeña población de los *indios*; aunque todavía no eran cristianos los hallamos asimismo amables y mansos.

Era toda una amistad [tribu] o parentela consanguínea; de siete u ocho *familias*, de la na-

Perdices
indias

Cómo se
cazan

Una pequeña
tribu de la
nación
Pampas

ción llamada *Pampas*. Su *cacique*, aun un pagano, llevaba asimismo el nombre *Antoni* [Antonio]; él demostró una especial amabilidad hacia nosotros, los *misioneros*. Yo admiré mucho esta gente y sus toldos levantados, que eran de cueros caballares, cosidos juntos, estirados tan fuertemente que se podía batir sobre ellos como sobre un tambor. Sus mesas de juego, [propias] de afectos al juego, eran también de cueros caballares bien extendidos y fuertemente estirados para que rebotaran bien el juego a los dados que ya habían aprendido de los Españoles. Cada toldo era multicolor, compuesto por cueros caballares diversamente teñidos lo que daba un aspecto deleitoso pero el hedor de la carne de caballo que es su alimento, causaba horror y asco.

El *cacique Antonius* que compareció completamente vestido y en un capote se me acercó y contempló el arreo y el *equipaje* de mi caballo; se admiró del material de montura; sin decir una palabra más se despidió de mí. Al poco tiempo hizo su segunda visita y me regaló / una cincha de cuero bellamente trenzada y una rienda trenzada con dieciséis correas, entrelazadas a ciertas distancias con caños de avestruz teñidos diversamente. El menor valor de una rienda trenzada en tal forma está mal paga, a lo menos allá, por un peso duro. Quise mostrarme también agradecido y le alcancé uno que otro regalo que había traído desde Alemania para los *indios*; pero aunque todo *indio* estima mucho éstos y le son muy agradables, rehusó aceptarlos con el pretexto de su simpatía para con los religiosos de quienes no esperaba otra cosa que una buena enseñanza. Yo no pude darle mucha enseñanza pues yo dominaba aun muy mal la lengua española y él podría ser mi maestro en ella, pero me serví de un lenguaraz a quien escuchó con placer y gran atención. Le di un buen pedazo de tabaco que apreciaba más que oro y dinero. Como él tenía una provisión de tales cosas, se aplicó en proveer también a otros con tales menesteres de equitación.

Nosotros contemplamos toda la aldeíta de cuero por adentro y por afuera; encontramos en el centro una gran mesa redonda que era una manta estirada sobre muchos palos y cosida de cueros caballares solamente blancos, tan estirada que asemejaba un tambor. El cuero era tan blanco y sin desgaste que parecía ser completamente nuevo; tuvimos mayor placer en contemplar esto que la ciudad de *Constantinopla*.

Nosotros oímos en una choza una voz llorosa a la que seguimos y encontramos que allí había / fallecido una *india*. Bien pronto estuvo listo el luto que no lo había hecho ni un sastre ni un tejedor de crespones pues la madre de la difunta estaba sentada cerca del cadáver pintada tan de negro que creíamos que era una mora negra, pero fuimos informados que esto era el luto que se hacía por el duelo a los muertos. ¡Oh cuánto costo ahorran los *indios* en su pompa fúnebre! Yo jamás he sabido que un *indio* fallecido hubiera vuelto ser visible en este mundo después de su muerte para quejarse que sus amigos hubieren llevado tan mal luto por él, lo mismo que jamás he sabido en nuestros países que alguien después de un sepelio magnífico y costoso hubiera dado las gracias. Pero en las *Indias* he oído en frecuentes ocasiones que a un *Pater misionero* en las *misiones guaraníes* que se llamaba *Antonius Sepp* y era bávaro de nacimiento¹ le habrían aparecido los pequeños inocentes niños y le habrían agradecido por la diligencia que tuvo al enterrar cada niño fallecido con el mayor adorno y la mayor pompa fúnebre. Y en verdad este hombre pío tenía la costumbre que cuando por azar en su *misión* habían muerto en un

¹ El padre Antonio Sepp había muerto en Yapeyú en 1732, después de una estada de cuarenta años en esa reducción.

mismo día tres o cuatro niños inocentes (como en semejantes *misiones* populosas ocurre en no raras ocasiones) no enterraba a todos de una vez y juntos sino que retiraba a uno después del otro de su casa y los depositaba en sepulturas preparadas por separado.

Nosotros seguíamos caminando y vimos tras estas chozas a algunos jóvenes *indios* de esta *nación* que hacían ejercicio y con piedras redondas forradas en cuero, dentro de una sogá trenzada de dos brazas de largo tiraban contra / un palo asentado para acertarlo con provecho. Admiramos allí a los muchachos con cuánta seguridad acertaban el palo asentado no porque ellos lo enlazaran con las piedras sino que pudieron acertar el palo con una de las dos piedras marcadas y eso aun a 50 pasos de distancia del blanco. 214

Después que hubimos demorado ahí por un rato largo proseguimos nuestro camino hasta la noche. Poco antes de que hiciéramos alto le sucedió a un *jesuíta* alemán un casual y por él mismo buscado revés de parte de un animalito que los Españoles llaman *zorrino* o *zorrillo*; los indios de *nación acomobítica* o *mocobítica* [lo llaman] *inigzac*.

Nuestro *Pater Procurator Ladislaus Orosz* ya en el tiempo de la navegación sobre el Mar Grande nos había dado a conocer mucho sobre la condición del terreno de *Paracuaria*, de las costumbres de los habitantes de ella, de la condición de los hábitos y cualidades de los animales y nos había hablado especialmente de este animalito tan oloroso. Asimismo sucedió que dicho *jesuíta* para substraerse a las sacudidas de la *carreta* creyó más cómodo marchar a pie tras las *carretas*. Ahí le ocurrió de repente una aparición inmediata al camino, que le hizo un pequeño animalito del tamaño de una pequeña marta. Era completamente negro, sólo por sobre el lomo tenía por ambos lados a lo largo dos listas blancas como la nieve; la cola de pelos largos que era de un largo de un cuarto de vara. Este animalito le gustó al *jesuíta* / y se apresuró a agarrarlo. Lo alcanzó con su bastón pero el animalito se sirvió de sus armas naturales, alzó la patita trasera y dió al perseguidor un buen *asperges* [aspersión] sobre el traje, bastón y la cara. El hedor de esta *aqua forte* llenó en seguida el contorno entero de manera que todos comenzamos a horrorizarnos. Todos nosotros no sabíamos aún qué significaba esto, pero los paisanos *Paracuarienses* reconocieron pronto este animalito y su efecto y gritaron: ¡*zorrino!* ¡*zorrino!* Después que hubimos proseguido marchando por media hora sin embargo este hedor no quiso perderse; las carretas pararon para hacer pacer los bueyes y preparar la cena; recién entonces supimos lo que había ocurrido y cómo nuestro *co-misionero* había tenido la dicha de conocer más de cerca que todos nosotros este animalito.¹

Todos corríamos hacia él para conocer por él mismo el curso de este suceso, pero por el hedor nadie pudo permanecer a su lado; así tuvo que quedar alejado de nosotros como un *excomunicado*; tampoco fué admitido a nuestra cena; aislado en su *carreta* tuvo que percibir el hedor junto con la cena. Lo bueno fué que tenía doble vestimenta para mudarse pues el hedor había penetrado en su ropa de modo que aunque había expuesto su ropa durante catorce días al aire libre y a la intemperie sobre el techo del carro, el hedor era el mismo de antes; entonces tuvo que abandonar y perder su traje, su caña de Indias y todo lo que había sido mojado por esta agua natural. Este animalito es lindo de contemplarlo pero su *orina* es de un hedor tan penetrante que los perros cuando lo cazan / los humedece con su hidráulica, se revuelcan de con- 216

El animalito
Inigzac o
zorrillo

215

¹ Dobrizhoffer se ha referido a este suceso como ocurrido a él. (Tomo 2do. de la traducción alemana, pág. 345).

tinuo sobre la tierra como si enloquecieran y echan mucha espuma por la boca y babean durante mucho tiempo. Esta es toda la defensa que él hace contra sus perseguidores. Cuando el viento sopla en contra el hedor se apercibe también por más de una legua española; si está muy cercano, mueve a muchos a desocupar sus estómagos. Yo he oído decir pero jamás lo he probado que este hedor que el viento acarrea consigo puede ser pronto ahuyentado mediante una jarra de agua que se vuelca al aire o contra él [aire]. Debe de haber un remedio que mitiga este hedor pues yo he visto mantas enteras de tres varas y media de largas y de dos varas de anchas que son de pieles de estos animalitos unidas por costura y tienen un hermoso aspecto. Muchas personas de calidad no mirarían en *Europa* por unos cien *ducados* para obtener una manta semejante. Los *indios pampas* tienen muchas de tales mantas para cubrirse. En una manta hay también cincuenta o más cueritos, cada uno negro como el otro y suave como seda y no se advierte hedor alguno.

Con el tiempo tuve curiosidad por saber cómo y de qué modo los *indios* pueden cazar este animalito sin notar tal inmundicia pero no pude saber otra cosa fuera de que los *indios* buscan sorprenderlos bien despacito, de improviso y con gran habilidad agarran la cola y en toda prisa lo mantienen suspendido en el aire y lo matan pendiente en el aire con la otra mano. Dicen que así el animalito no expelería *orina* alguna.

217 Con esta ocasión yo oí de otros tales *zorritos* o *zorrillos* que viven más adentro en el país cerca del reino / del *Perú* y no se defienden mediante la *orina* sino únicamente con la escopeta de vientos naturales cuyo hedor sería también tan penetrante que ni la gente ni los animales podrían permanecer a su lado. Ellos viven en el campo en cuevas debajo de la tierra; penetran también en las aldeas a las *chozas indias*, se alimentan de huevos de toda volatería, hallan especialmente muchos de perdices, de aves acuáticas y de patos. Igualmente les saben muy bien los tiernos pollitos; yo mismo tengo la experiencia pues cuando yo vivía ya en la reducción con mis *indios*, tuve también a hora nocturna semejante huésped pequeño en mi choza y lo vi bajo mi mesa. Yo no supe remediarme de otro modo, [que] tomé mi fusil y lo fusilé en mi choza pero [el animalito] asimismo no falleció tan vacío que yo tuve que sentir algo de este hedor durante ocho o diez días.

Ya habíamos cruzado una campaña de ciento veinte leguas cuando encontramos de vez en cuando unas chozas en que vivían Españoles para cuidar su ganado de astá, caballos y ovejas sobre el campo; una señal que no estábamos lejos de *Córdoba*. Vimos también unos pequeños boscajes y desde lejos una sierra alta que distaba de *Córdoba* unas cuatro leguas más allá. Encontramos ya pequeños arroyuelos y agua para beber; también pudimos comprar una carne mejor.

218 Más allá tuvimos que pasar otra vez el *Río Segundo* en cuya banda opuesta nos bajamos. Ahí encontramos una vivienda a cuyo lado se había erigido una gran enramada donde nos esperaba con su linda *música* el reverendo *Pater Rector* de *Córdoba* y nos saludó ahí mismo. Ya estaba preparado el almuerzo / al que todos fuimos invitados y obsequiados en lo más posible. Este *P. Rector* era el susodicho *P. Pedro de los Arroyos*, un hombre amable y muy agradable a cuyo lado permanecimos este día y pasamos también la siguiente noche. Aun distábamos dos cortas leguas de *Córdoba*; al día siguiente marchamos pues bien temprano en compañía de nuestro *P. Rector* y de toda su sociedad acercándonos a *Córdoba* y llegamos a esta ciudad a la novena hora

de la mañana. Todos descendimos de nuestros carros a cerca de dos mil pasos ante la ciudad, tomamos nuestras carpas y sombreros y terminamos en buen orden a pie nuestro ulterior camino a la ciudad. La gente de la ciudad estaba parada a ambos lados para observar la entrada; los más notables, junto con el Concejo vinieron a nuestro encuentro y nos acompañaron hasta la iglesia del *Collegij* donde el *Tedeum laudamus* fué cantado *musicalmente* en presencia de toda la gente que nos había recibido en la calle. También sonaron las campanas en todas las iglesias de la ciudad. Después de esto tuvimos otra vez ocho días para descansar durante los cuales fuimos *tratados* espléndidamente como en *Buenos Aires* y regocijados con *música* durante el almuerzo.

Nuestro
recibimiento

El *refectorium* o comedor estaba ocupado por completo con árboles verdes; a la hora de la mesa uno de los *jesuítas* aún estudiante tenía diariamente un ejercicio de escuela: una *Oratio* latina o un *poema* o alguna otra ficción *poética* que fué pronunciada también en lengua castellana; todo era amoldado a las circunstancias de nuestra llegada. Con asistencia de muchos *jesuítas* del *Collegio* y de muchos otros señores de la ciudad paseamos diariamente por los campos en derredor de la ciudad; otra vez / fuimos obsequiados en el campo con una buena merienda tras la cual volvimos al *Collegium* a la hora de la campana de queda.

219

CAPÍTULO X

Descripción de la ciudad de Córdoba

La ciudad de *Córdoba* en *Tucumán* no es una ciudad demasiado grande pero tampoco demasiado chica; posee calles ordenadas y parejas, una espaciosa plaza cuadrada, vistosos pero bajos edificios; está habitada por muchos respetables y ricos Españoles. Tiene un obispo que habita allí en su *residencia*, cuenta con ocho *canónicos*; tiene una linda y grande iglesia *catedral*. Fuera de ésta se cuentan aun otras ocho iglesias, tres conventos de órdenes, dos conventos de vírgenes y un *collegium* que en esta *provincia* es denominado *collegium maximum*. Los tres conventos de órdenes son [de] los reverendos *P.P. Dominicos, Franciscanos y de la Merced*. Los conventos de vírgenes son: el uno de la *Santa Catalina*, el otro de la *Santa Teresa*. Estas iglesias no son tan preciosas en su edificación y en su ornato interior pero la iglesia del *Collegij* es grande, respetable y muy hermosa adentro, especialmente cuando se celebra un día de alta fiesta donde son de verse los espaldares damasquinos de color *carmin*, las arañas *crystalinas* y otras [cosas de] plata. La mesa del altar está ornada de puros espejos y cristales; un *antependium* [cortina] es de pura plata batida; el otro de *crystal* y espejos sobre que se han entorchado adornos de plata y dorados al fuego. El *tabernáculo* que es de una altura de tres varas y media y está extendido a lo largo sobre toda la mesa del altar ha sido construído en Italia con cristales de diferentes colores. Todos los candelabros junto con el crucifijo son hechos de *crystal*. Todo el *ornato* y ropaje para la misa mayor están bordados por completo sobre un / fondo de plata, en partes adornado con ramitos tejidos en seda. El valor de esta vestimenta sacerdotal consiste en cuatro mil pesos duros.

Sus iglesias y
conventos

Magníficas
iglesias de los
jesuitas

220

No es un milagro que esta iglesia [sea] tan magnífica; pues cada *procurator* que viaja a Ro-

ma y trae consigo una *misión* a América se esfuerza en traer consigo algo elegido para esta iglesia. Si bien este *collegium* tiene una pequeña *biblioteca* está provista asimismo con los libros más selectos y modernos. El edificio es de dos pisos; tiene dos patios o plazas; a más de éstos el muro del *Collegij* encierra otros tres anchós patios donde los cerrajeros, panaderos, toneleros, carpinteros, zapateros, pañeros, sastres y *boticarios* tienen sus *oficios*.

Tiempos antes el *noviciado* estuvo separado del *collegio* y tenía un edificio especial y una pequeña iglesia al extremo de la ciudad la que es ahora la casa de *ejercicios* y [en que] personas seglares al igual como en *Buenos Aires* atienden la soledad de ocho días y la renovación de su espíritu. Pero el *noviciado* ha sido unido al *collegio* si bien con la correspondiente separación de estos *novicios*, de los otros. En este *noviciado* los sacerdotes completan también a la vez tras los estudios terminados, el tercer año de prueba que se suele llamar el *terciorado*. Contra el *collegio* ha sido edificada la *procuratoría* de toda la *provincia* donde vive igualmente el *Procurador* con su compañero.

Los *jesuitas* tenían allí una *universidad*; frente al *Collegio* [tenían] otro edificio en que al igual a un *convictorio* vivían setenta y aun más *alumnos* mantenidos en buen orden de costumbres y estudios por un *rector*, un *ministro*, dos *correpetidores* o *pasantes* como se les llama allá / y son atendidos por un *procurator* y auxiliares. Todos viven en este edificio que es denominado *Collegium de Monserrat*; tiene una abundante dotación y [ellos] son mantenidos en la mayor disciplina.

Tienen sus horas fijadas para cada reglamento de la escuela y de la casa; en ella son incitados a fiel observancia. En cuanto alguno no quiere someterse al orden de la casa, puede pronto comenzar la partida aunque ésta se efectúa en todo honor. El infractor es primero amonestado, castigado y obligado en lo posible a la observación de sus deberes; si las amonestaciones y medios son infructuosos, los padres del joven son advertidos para que determinen lo más conveniente sobre sus hijos porque la puerta ya estaría abierta para su hijo. Si entonces no es de esperar una enmienda se previene al *alumno* de proveerse de su correspondiente vestimenta para la partida; cuando ella está lista, se reúnen todos sus *convictorios*, le acompañan junto con el *P. Rector* hasta la puerta de la casa y lo despiden. Esta despedida aunque es tan cortés se considera asimismo tan denigrante por los externos que parece que llevaran quemadas sobre la espalda la horca y la rueda. En este *convictorio* hay hijos de los padres más distinguidos y más ricos. Si bien algunos son becados, los más habitan esta casa en virtud de sus propios medios. Su traje es negro y consiste en una capa de vuelo entero pero cerrado a costura, tiene una sola abertura desde el cuello hasta la mitad del pecho que se cierra por cuatro o seis botoncitos. A ambos lados tienen arriba las aberturas correspondientes por donde pasan sus brazos que son revestidos con negras mangas postizas iguales a las que suelen llevar en Bohemia los señores *de-rici* o sacerdotes seglares. /

Su vestimenta es toda de paño. Sobre esta capa llevan pendientes unas bandas de un cuarto de vara de anchas, de tela o de paño, teñidas en punzó por uno y otro lado y otra pende hacia abajo desde el hombro y espaldas hasta el borde de la capa. En los que aun no son *baccalaurei* [bachilleres] o *magistri philosophiae* la banda es de un solo ancho pero cuando son ya *magistri* hay agregado al extremo de los lados algo de este paño en algún sitio; cuando ya es *licentiatus theologiae* lleva todo igual en las dos puntas y el corte y la figura de éste es igual a una *estola* sacerdotal y un distintivo de un *magistri theologiae*. Todos van a la escuela con los *cuadrados* pues-

tos, son atendidos con mucho esmero (antes que todos los demás) y examinados en sus *estudios*. Ellos tienen los retratos de los antecesores y de todos los *ex-colegiales* representados en propia imagen por todo el comedor entre los cuales hay muchos obispos y arzobispos. Cuando atienden los *estudios* en la casa y no tienen que salir a otra parte, suelen llevar trajes caseros que en un todo asemejan a los trajes caseros de los jesuitas españoles; tienen otras largas alas de un ancho de una mano pendientes hasta el borde de la vestimenta pero todos [los trajes caseros] se hacen de paño pardo en que pasean también en conjunto por el campo.

Hay también un *convictorio* obispal donde están solo seis *colegiales* o *alumni* becados; tienen por jefe al obispo y por *rector* un *canónigo*. Estos llevan capas de azul celeste y la cinta es azul-violeta oscura. Ellos llaman *beca* a la banda.

La *residencia* obispal estuvo en los tiempos anteriores en *Santiago del Estero* pero fué trasladada a *Córdoba* por motivos esenciales. La *residencia* obispal de allá no es mejor / que la casa de un burgués distinguido en su piso inferior porque no pasa de un solo piso. Una antesala única con su *gabinete* están tapizados con paños de espaldares, en lo demás toda la corte y gala obisपालes consisten en lo que he expuesto en la descripción de la ciudad de *Buenos Aires*. Cerca de la ciudad pasa el río *Córdoba* que tendrá alrededor de setenta pasos de ancho; su fuente se halla en la sierra que dista de la ciudad en los contornos más próximos dos o a lo sumo tres leguas.

En tiempos anteriores esta ciudad tenía como habitante al *gubernator* de *Tucumán* pero por importantes motivos el *gubernator* ha fijado su *residencia* en *Salta* cerca de las fronteras *peruanas* pero se oye que en tiempos anteriores el *gubernator* no había podido ponerse de acuerdo en una [misma] ciudad con el obispo por razón de ciertas *maximas* de Estado que aun en mi tiempo causaron entre estos dos jefes algunas discordias en la ciudad de *Buenos Aires*. He oído que las rentas del obispo de *Buenos Aires* suman anualmente veintiséis mil *pesos* o *Thaler* duros¹ que en nuestra moneda importan cincuenta y dos mil R. [rixdales] pero que el salario del obispo de *Tucumán* importaba seis mil *pesos* que son doce mil R. [rixdales]. Cada uno extrañará lo poco que corresponde a estos *prelados* eclesiásticos, especialmente si considera que en las Indias la vestimenta y el sustento o lo que fuere (excepto el alimento) son muy caros. No ha de dar un grito: ¡oro bastante, pero poco en su trueque! Si un obispado en las *Indias* posee rentas tan grandes o mayores que en los países *europeos* ¿por qué los obispos de *Indias* tratan de volver a España y allí / ocupar la menor o menos rendidora silla obisपाल? ¿por qué entonces las *Indias* son iguales a un *noviciado* para obtener una dignidad o un empleo importante en España? ¡Oh cuántos se engañan en su creencia de que en las *Indias* el oro y la plata se podrían dar de comer a los caballos! Ellos se asombran cuando se oye hablar de una armada de plata que desde las *Indias* habría transportado a España nueve o doce *millones*. Yo pregunto: ¿se oye que la armada de plata suele arribar desde las *Indias* a España todos los meses o a lo menos todos los años? Tantas veces no se oye [hablar] de armadas de plata y no sería de extrañar si con mayor frecuencia se oyera de ellas porque los países y territorios que la Corona española posee en las *Indias* y en España, sobrepasan lejos a todos los países que poseen los *monarcas* de *Europa* todos juntos, y no me asombraría de manera alguna que todos los años llegaran a la Corona española desde los países *indios* algunos cientos de *millones*. Esta armada de plata no se envía desde Pa-

¹ Según el texto, un rixdale equivalía a dos pesos y tenía 60/K- ó sea Kreuzer. 15 Kreuzer equivalían a un real de plata.

raquaria o desde algún otro país sino desde los reinos *mexicanos* y *peruanos*. La plata de todos los países es reunida y transportada de una vez a España.

No puedo negar que en las *Indias* se encuentra mucho oro y plata pero no en general. Hay también países donde no se encuentra oro alguno sino sólo plata; en otros ninguna plata, pero oro y en otros ni plata ni oro. Tampoco he oído que *Potosí* donde se cava la mayor parte de plata pertenecería únicamente al rey; en cuanto es de mi conocimiento personas *particulares* de *nación* española tienen esta sierra para explotarla, que está como en arriendo y el rey percibe sólo la quinta parte de ello / pues quien encuentra la veta, excava y da al Rey lo pertinente, pero los ocupantes cargan con los gastos. Donde podría haber oro o plata, ahí faltan los trabajadores y gentes animosas que quisieren emprender semejante obra. Y aunque sucediere que hubiera bastante oro y plata no se les halla en todos los lugares de los ríos ni se lava de la arena. Tengo conocimiento de que sólo en *Pica*, una región del reino del *Perú* se lava el oro de la arena; en este lavadero se ocupan los *indios* que allí ya son *civilizados*. A más cada uno asentirá que el oro no es tan apreciado en aquel país donde muchas veces se puede adquirir más por el hierro que por oro. Llévasele al *indio* un cuchillo o una hacha de oro y pídasele lo que uno quisiera comprar; dará entonces con el mayor placer mucho más por el cuchillo o el hacha de hierro que por los de oro.

Además las mercaderías *europeas* aunque haya tanta plata y oro en las *Indias*, son asimismo tan caras en las *Indias* que si los Españoles de allá no se aplicaran a ahorrar mucho oro y plata no podrían alimentarse ni vestirse de acuerdo con su rango. Tan poco dinero existe entre las gentes vulgares (yo no hablo de las ciudades que tienen a su lado un puerto marítimo ni otras donde se ejerce el comercio pues allí deben de haber necesariamente plata y oro) que en la mayor parte de las ciudades se trueca una cosa por otra; asimismo en las ciudades comerciales todo es tan caro que hasta las cosas más baratas en *Europa* son allá de un alto precio. Si alguien compra un cubierto de cuchillos que en *Europa* se consigue por veinticuatro Kr. [cruzados alemanes] tendrá que pagar allá dos y también tres *pesos* y medio (que importan en nuestra moneda 5-R.)¹ Una camisa / de lienzo para tropa a dieciocho *reales de la plata*, son cuatro R. 30 Kr. Por una pieza de lienzo que ellos llaman *Britannia* de sólo siete varas de larga y en la calidad igual al lienzo del cual compro una buena pieza en Alemania por dieciséis -R-, debo de pagar allá por una piecita de siete varas unos catorce y hasta dieciocho *pesos* duros. Si ahora debo de pagar por siete varas catorce pesos ¡qué precio tendrá la pieza de treinta varas! ¿No es cierto que tal pieza de dieciséis R. en Alemania ha de costar más de cien y unos veinte ducados en *Indias*? Yo tenía un *violín* que compré en Italia por dos R por el cual un aficionado quiso pagarme cuarenta pesos u ochenta R. Un cuchillo que yo compro aquí por tres Kr. cuesta allá alrededor de 1 R. Una caja inferior para tabaco hecha de *papel mache* que se compra por un séptimo, cuesta en las *Indias* dos R. Una vara de la peor *franela* dos R. La vara de ralo algodón aunque el algodón hay bastante en *Indias* y aún el lienzo se teje allí, dos R. o un *Thaler* [peso]. Cuando en *Buenos Aires* en 1769 debí partir con ciento setenta *jesuitas* dió cada uno de su escaso dinero lo que pudo en sus posibles, para una *flauta traversa* a fin de que tuviéramos en el mar un pasatiempo con música. Yo pagué en nuestro país apenas tres R., allá tuvimos que pa-

Las cosas europeas son muy caras en Las Indias y

226

[Se adquieren] no por dinero sino por trueque

¹ Véase la nota anterior.

gar quince *pesos*; éstos son treinta R. Al fin ¿qué costarán allá los géneros ricos? Entre no más una persona particular y se le pararán los pelos de punta. Para comer ya ha de hallar, aunque tendrá que consumir con economía el pan o no verá ninguno fuera de las ciudades. Un panecillo que en Alemania se compra por un Kr. le demandará un *real de plata*, éstos son quince Kr. / 227

En España se platica muchísimo sobre las riquezas en *Indias*, del oro y de la plata, de perlas y piedras preciosas. Todo esto se encuentra también en *Indias* pero no como se dice; la mayor parte yace aún en las rocas y en el agua. Los comerciantes preferirían más bien cargar y sacar de *Indias* oro y plata en sus barcos, que cueros de bueyes, azúcar, tabaco y otros tales efectos, si no hubiera más que juntar aquello en los ríos y los cerros. Yo no me engaño porque tengo la experiencia de que esta fama extendida por el mundo y especialmente en España es solo un cebo para que los Españoles por el ansia del dinero se trasladen empeñosamente a las *Indias* y pueblen los países de allá. Con una gran compasión yo tuve que ver a un hombre joven venido pocos meses atrás desde España, lamentar su imprudencia; que por la gran esperanza de enriquecerse pronto había dejado su patria y había partido a las *Indias*. Me contó el milagro que le habían hecho creer, que en *Paraquaria* había tanta plata que hasta los caballos estarían herrados en sus cascos con plata en vez de hierro; «veo ahora —dijo— que ningún caballo está herrado ni con hierro y me encuentro en la mayor pobreza». Estaba dispuesto a viajar al [reino] *peruano* para ver si allí podría remediar su pobreza.

Un español tristemente desilusionado

CAPÍTULO XI

Mi estada y ocupación en Córdoba

Volvamos al camino de mi relato. Nosotros habíamos terminado nuestros ocho días como huéspedes recién venidos cuando todos tuvimos que entrar a la escuela. Yo no había terminado aún todo el cuarto año de *teología*, me preparaba para rendir el último *examen* escolar y después de éste, cumplir mi tercer año de prueba o *terciorado*; durante / este tiempo de mis *estudios* me fué ofrecido que yo *reformara* allá la *música* de la iglesia y ejercitara mejor en ella a los moros negros de los cuales había muchísimos *in Collegio* para la servidumbre. Yo tuve veinte de ellos como aprendices sobre diversos *instrumentos* los que ya servían en la iglesia, pero sin el conocimiento de notas algunas; lo que ellos cantaban y tocaban lo habían aprendido solo de oído y por el ejercicio continuo; pocos de los cantores sabían leer; yo no supe todo esto desde un principio hasta que por propia experiencia noté que ellos cantaban y tocaban todo de memoria aunque tenían en las manos y ante sus ojos sus escritos *musicales*.

Termino en Córdoba mis estudios y el terciorado 228

Aún quedaban cuatro meses hasta la fiesta del santo padre *Ignatij* en cuyo día el obispo debía de pontificar en nuestra iglesia. Yo fuí requerido por el jefe del *Collegij* de componer una nueva misa *musical* con las correspondientes *visperas* y ejercitar en ellas a los negros. El tiempo me pareció demasiado corto como para componer todo eso de nuevo; más corto aún para ejercitar en ellos a los negros para que pudieran presentarse honrosamente pero por los pedidos de todos fuí animado a ello.

Tuve que componer una misa musical

Cuando ya había compuesto algo quise hacer la prueba y ver si sería posible de meterles algo en los sesos en tan corto tiempo pero pronto perdí todo ánimo; cuando yo averigué en el

Y enseñar la
música a los
negros

primer llegado de qué modo había de ser tocada o denominada esta o aquella nota, no supo contestarme nada, tampoco podía tocar ni el primer *tacto* [compás]. Tuve miedo entonces y quise desistir pero asimismo el ruego de los jesuítas me indujo a usar de toda diligencia en enseñarles siquiera algo nuevo / aunque ellos no fueran capaces de aprender todo. Compuse pues 229 las *vísperas* y la misa; ambas eran bastante armoniosas y largas; ensayé durante una semana y encontré en los morenos una gran habilidad de modo que creí no perder mi trabajo en ellos. Yo tenía entre ellos un moreno chico que tocaba el arpa, no sabía leer ni escribir y menos conocía las cifras *musicales* pero al poco tiempo tocaba el *bajo* solo por el oído y con la otra mano el acompañamiento de tan linda manera que no erraba ni una nota ni *pausa*; lo mismo ocurría con todos los demás; sólo el *organista* entendía algo de las notas. Su habilidad les ayudó tanto que un mes antes de la fiesta habían aprendido todo y pudieron aparecer en el coro público. Yo los ejercitaba diariamente a la hora en que la *comunidad* se hallaba en la primera mesa o sea a mediodía desde las dos a las tres y al anochecer desde las seis a las ocho.

Realicé en la iglesia algunos ensayos *generales* donde aparecieron los más del *Colegio* y escucharon todo con el mayor placer. Esto me congratuló mucho con los Españoles y ellos me demostraron todo afecto y amabilidad. La obra se realizó en el día de *San Ignatij*; el obispo celebró él mismo las *vísperas* y al día siguiente la misa mayor, tras la cual cruzó la iglesia exclamando en alta voz hacia el coro: *vivan los ángeles que hoy he oído*. ES LEBEN DIE ENGEL WELCHE ICH HEUTE GEHÖRET HABE y les dió la bendición por repetidas veces. Había al mismo tiempo una gran concurrencia de la ciudad para oír la nueva *música europea*.

Terminada esta *solemnidad* me empecé en ocuparme seriamente de mi *teología* y a prepararme para mi *examen* / que después de un mes terminé también felizmente. Yo quise pasar en seguida a mi *terciario* pero fuí demorado. Noté bien los pensamientos que mis superiores habían concebido y recibí también alguna noticia de ellos por algunos amigos muy adictos a mí, quienes conocían mi ansia afanosa por partir lo más pronto a una *misión india*. Yo me hallaba dentro de un proyecto que después de terminado el *terciario*, debía entrar como *ministro* en el *convictorio de Monserrate* para que ellos me retuvieran de este modo en *Córdoba*. El *P. Rector* en su afecto hacia mí quiso atraerme a su intención mediante favores y diversas diversiones; me 230 dió un permiso de viajar durante un mes en la región de la ciudad de *Córdoba* y de visitar las *estancias* pertenecientes al *Collegio* las cuales son unas pequeñas aldeítas. Destinó otros dos jesuítas para compañeros míos y algunos morenos para servidumbre; también ordenó a todos estos lugares de mantenerme y atenderme hasta cuando yo quisiere. Acepté y cabalgué desde *Córdoba* a una *estancia* denominada *Alta Gracia* situada a siete leguas de esta ciudad; allí encontré una buena habitación, buen trato y amena diversión; pues ya vivían allí un sacerdote y dos hermanos; el sacerdote tenía que atender lo espiritual y los hermanos la administración. La *estancia* en las *Indias* no es otra cosa que un cortijo de campo pero no a la manera como en nuestros países que ahí se tendría un asiento de caballeros sino que es un lugar donde viven los cuidadores del ganado y los necesarios labradores del campo respectivo. Las *estancias* de los jesuítas tienen siempre un aspecto mejor que las *estancias* de los legos y asemejan a una pequeña aldea en la forma como yo la he visto en las vidrieras mayores en Bohemia. Por el bosquejo de una / *estancia* perteneciente a los religiosos y a los legos cualquiera podría distinguir fácilmente como se forman las propiedades rurales en las *Indias* frente a las que en nuestra patria se lla-

Querían
retenerme en
Córdoba

Me enviaron a
las estancias

man *Landgüter* [propiedades rurales]. Una *estancia* en las *Indias* no es otra cosa que un lugar que dista de la ciudad (bien entendido en las regiones donde el asalto de los *indios* no es raro) a lo más unas veinte leguas donde se cuida el ganado de asta, los caballos, mulares y ovejas. Cuando los patrones deben de alimentar varios *esclavos*, hay entonces allí seis o siete familias de moros negros que atienden únicamente al ganado patronal y al cultivo del campo. Un *Collegium* entero como [el de] *Córdoba* donde especialmente con la llegada de una nueva *misión* viven hasta ciento ochenta personas, debe tener ya más *esclavos* y más estancias que los patrones de [estancias] legas.

Lo que es una estancia

El *Collegium* de *Córdoba* tiene tres estancias de esa clase a saber: *Alta Gracia* que posee como dependencia un lugar sito a cinco leguas que se llama *puesto de S. Antonio*. Este *puesto* está situado entre puros peñones y la alta sierra desnuda; no tiene más que tres malas chozas donde viven cinco moros negros que cuidan hasta ocho mil yeguas destinadas a la crianza de mulas y con las cuales pastan alrededor de tres mil mulares que todos son críos de estas yeguas. Los *leopardos*¹ y los tigres hacen durante el año un crecido daño entre este ganado pero son muy perseguidos por los negros y muchos son muertos. Yo vi entonces colocadas sobre las puntas de los corrales hasta cuarenta cabezas de leones que todos habían sido muertos por los negros durante este año.

Estancia Alta Gracia

A la *estancia Alta Gracia* pertenece también una alta sierra solitaria que es la más alta cerca de *Córdoba* y es denominada *Chala* o sea *Tschala*;² allá viven grandes y numerosos tigres porque encuentran el alimento entre el / ganado de asta allí. Pues lo mismo como en el *puesto de San Antonio* [se crían] sólo caballos, así en la *Chala* se cría únicamente ganado de asta en cantidad hasta cuatro mil piezas. En ocasión de mi viaje, he observado todo esto y he tenido una muy amena diversión. Esta sierra es tan alta que hemos visto las nubes de lluvias debajo de nosotros mientras arriba tuvimos el brillo del sol lo que había observado también en esta sierra en el camino de vuelta a *Córdoba*, pues arriba reinaba un tiempo agradable, pero cuando descendimos quedamos bien mojados; los truenos y granizos retumbaron en derredor de nuestras cabezas. Hay también un seguro indicio de una tempestad cuando a la mañana se ve esta sierra con sus cumbres cubiertas por las nubes.

Puesto de San Antonio
232

Chala

Yo observé muy prolijamente la situación de este campo de pastoreo y noté que arriba sobre la cumbre de esta sierra podía pacer una cantidad de ganado en una medida mucho mayor pues hay un campo extenso sobre este cerro que uno cree que fuera un amplio territorio rodeado en todo su derredor por otras peñas colocadas espesamente las unas juntas a las otras, de modo que el ganado que suele pacer en este circuito no encuentra en ninguna parte una salida por donde podría extraviarse. Para este extenso y amplio campo no hay otra entrada que la que fué para mi la salida que allá es muy angosta y puede ser cerrada por dos o tres barreras.¹ Esta región está provista con el mejor pasto, ríos y aguas que en mi vida no se me ha presentado nada mejor, más hermoso ni agradable para la crianza de ganado. En la sierra lateral que cierra este campo extenso y amplio e impide toda salida hay muchas cuevas hondas y largas

1 Es decir «leones pardos» o sean «pumas».

2 Fonética alemana de «chala». Es la Sierra de «Achala».

1 *Haltern* denota lo que sujeta, es decir, cercos, muros, etc.

donde se ocultan los tigres y salen en hora nocturna a la rapiña.

233 Para perseguir a éstos se tenía un valiente *mulato* que era el azote de los tigres / y aquellos que no querían ser presa de su lanza debieron serlo de su lazo colocado delante de la puerta. En ese tiempo él había muerto un tigre al que mató sólo con su lanza. Ya que yo conocía bastante la fuerza de este animal, debí admirar la fuerza de este hombre que completamente solo, sin ayudante, pudo vencerlo. Oí de este hombre una mayor habilidad que era la siguiente: Tomaba en la mano derecha un puñal largo, de dos dedos de ancho pero la izquierda la tenía envuelta en una alfombra. Así con el brazo extendido y bien guardado esperaba al tigre y en cuanto este lo asaltó, el *mulato* se valió de su presteza, metía la mano y el brazo así guardados dentro de las fauces del tigre que éste en su acometida había abierto [y] con la derecha le metía el puñal por sobre el pecho al corazón y mataba al tigre. ¿Pero la fuerza del salto no le hubiera tendido por tierra? No, su fuerza sobrepasaba a la del tigre que caía antes al suelo. ¡Cosa y fuerza³ extrañas en un hombre frente a un animal tan monstruoso!

Un *mulato*
valiente

En mi presencia este matador de tigres trajo una cabeza de semejante monstruo. Yo me asusté y me asaltó un horror. Entre los Españoles e *indios* he encontrado muchos tales hombres intrépidos como el *mulato* que de la caza del león hacían para decirlo así un pasatiempo. Está comprobado que donde no hay la fuerza, debe remediarlo la maña.

234 Por la *estancia* de *Alta Gracia* fuimos provistos con los mejores caballos de silla que nos transportaron hacia la *estancia* / *Candelaria*. En este viaje debí pagar la *chapetonada*² o sea el aprendizaje de un extranjero.

De pronto teníamos que subir, de pronto bajar por las rocas bajo un tiempo ingrato que volvió completamente resbaladizo y escurridizo el suelo. Ahora como yo cabalgaba algo más despacioso que mis compañeros, me había quedado un buen trecho detrás de ellos; las circunstancias exigieron también que yo tuviere que desmontar; mientras tanto mis *camaradas* de ruta ya se habían alejado más y cabalgaban detrás de un recodo de la roca y mi caballo perdió de vista a los otros [y] comenzó a relinchar fuertemente. Yo monté rápidamente. Apenas tuve un pie en el estribo, comenzó a correr conmigo con fuerza tras los otros caballos, pero yo ocupé la silla; el caballo no se dejaba sujetar, saltó cuesta arriba, cuesta abajo, al fin rodó conmigo cuesta abajo, me tiró desde la silla por varios pasos por delante y después de las mías el mismo caballo dió algunas volteretas por sobre mí; volvió a enderezarse y quedó parado pero yo yacía aún por tierra y estaba completamente aturdido pues la nuca había hecho un buen crujido hasta que al fin retorné en mí, monté sobre el caballo que ya no quiso correr tan ligero tras los otros. Mis compañeros no supieron nada de ello y yo guardé silencio. Pero gracias a Dios no sentí ni un dolor ni una herida en parte alguna.

Estancia
Candelaria

235 Después de media hora llegamos a la *estancia Candelaria*; fuimos recibidos con gran amabilidad por un sacerdote residente allí y el hermano, su compañero. Apenas habíamos vivido allí algunos días, llegamos / al día nueve de *noviembre*. A la mañana temprano entre las tres y las cuatro se levantó una terrible tempestad que comenzó con granizo y truenos. Poco después la tormenta estaba ya sobre nosotros; un fuerte trueno sucedía al otro; uno fué tan violento que

2 El autor usa la voz de *Gewalt* como masculino, en completa discordancia con el idioma alemán.

3 Tal la voz española en el texto.

todos nos despertamos y creíamos que el rayo había caído en el edificio. Yo me senté para buscar las sagradas reliquias del santo padre *Ignatio* y la campanilla de *Loreto* pero antes de que yo hallara ambas se produjo sobre nosotros la segunda descarga en la pieza donde los cuatro jesuitas nos hallábamos hospedados. A mis pies estaba mi fusil cuya culata fué hecha añicos; yo estaba sentado cubierto por los escombros echados abajo; el marco de la puerta estaba completamente destrozado y un gran perro que yacía casi a mis pies estaba sin conocimiento y *murió* al tercer día; a un jesuíta que estaba acostado en frente, el fuego le había chamuscado los cabellos del lado izquierdo; un *antipedio* de altar *bordado* y [a la vez] el mejor, estaba completamente echado a perder; y una linterna de latón se había fundido, mas a nadie entre nosotros esto había perturbado en lo más mínimo en la forma como suele ocurrir en una descarga de un rayo tan cercano. Nosotros quedamos tan animosos que uno llamaba al otro para saber si alguno de nosotros no hubiera recibido con un efecto mayor la descarga del rayo. Todos los que en la pieza teníamos en el suelo nuestro libre e ilimitado recostadero dimos noticia de nuestra presencia. Uno solo o sea el *P. Martín*¹ (quien como dije antes había tenido una batalla con el hediondo *zorrino*) dormía lo más bien en *alcoba* rodeada por murallas y / por largo rato no respondió a los continuos llamados.

Terrible
tempestad

236

Todos creíamos que habría sentido la descarga completa del rayo, pero tras larga continuación de nuestros gritos despertó al fin y preguntó que suceso causaba el terror. Nosotros le explicamos [que era por] una llamarada descarga en nuestra cámara. Fué difícil que lo creyera hasta que se levantó y vió el techo de la casa aún en ascuas de fuego. Fué una señal que no había sido despertado por el rayo. A las siete de la mañana fuimos todos al sagrado oficio de la misa cuyo *introitus* era: *terribilis est locus iste* porque era el noveno día de *noviembre* en que se celebra el aniversario de la consagración eclesiástica de *Sancti Salvatoris*. ¡Oh que terrible había sido para nosotros esta mañana! Desde ese tiempo las tormentas me habían infundido tan gran terror que yo tenía miedo ante una pequeña nubecilla ascendente y apenas podía tomar un alimento ni era capaz de conversar con otros sobre algo. No tuve ya una hora alegre en esta *estancia* porque estaba situada entre sierras donde por lo común las tormentas retumbaban con más fuerza que en la tierra llana y la señal cierta de una tormenta es: cuando a la mañana la sierra llamada *Chala* situada a diez leguas está cubierta de nubes o se apercibe sobre ella una nube pequeña. Ante mi requerimiento volvimos a *Alta Gracia* al día siguiente, dormimos en casa de tres negros que vivían completamente solos entre estas solitarias cavernas. Al romper el día proseguimos el camino y a la tarde llegamos a la *estancia*. Yo llegué si bien con alegría, asimismo no sin recelo ante una tormenta de que me daban señales las nubes ascendientes sobre la *Chala*. /

237

Fué tiempo que llegáramos a la casa pues durante toda la noche siguiente no se oía otra cosa que tronar y granizar. Era horrible contemplar desde esta *estancia* cómo a lo lejos hacia *Córdoba* caían los rayos cual víboras desde el cielo y al mismo tiempo estallaban sin cesar sobre nosotros. De improviso hubo una descarga que me asustó más que el trueno que graneaba sobre nosotros en la *Candelaria*. Yo esperé al día en cuya hora temprana el tiempo amainó, monté a caballo con mis *camaradas* e hice en cinco horas estas siete leguas españolas. Por esta ocasión

¹ O sea P. Dobrizhoffer (cf. nota de página 11 del MS original).

yo tenía lo suficiente de diversiones campestres en la *Indias* y pensé de encerrarme pronto en la casa del tercer examen donde yo había de pasar el segundo susto porque la tormenta sacudió con un rayo la pieza tercera [a contar] desde la mía. Debo confesar francamente que las tormentas pudieron en mi más que los ventarrones sobre el mar pues la vista de una nubecilla por la cual yo creía o preveía que tronaría, me quitaba ya todo ánimo para mis actividades y esto [fué] desde el tiempo en que el rayo cayó sobre nosotros en la *Candelaria*.¹

Pocos días antes de nuestra llegada la tormenta había muerto a un *Español* debajo de la puerta de su casa. Pero a otro [le había muerto] hasta cincuenta ovejas que al tiempo de una tormenta anterior estaban reunidas en un corral. Esto último fué considerado por todos como un manifiesto castigo de Dios pues había rechazado el día antes con extraña despedida a un hermano lego de la orden de *San Francisco*, que como colector enviado le pidió una oveja, y / él había negado poseer ovejas; el rayo bien las había hallado a la noche siguiente y, como he dicho, mató cincuenta ovejas.

238
Inicio mi tercer
año de prueba

Ya es tiempo que yo retorne a mi tercer año de prueba del que me he alejado algo por propia licencia. Si bien yo estaba muy contento de comenzar a alejar mi última demora para mis tan celosamente logradas *misiones paraquarias*, esta prueba me pareció semejar a una nueva *moda* o presentación. Un alegre y despejado humor que yo poseía pudo soportar todas cuantas cosas extrañas me aportara este año pero cuando desde un traje debí meterme al sayo tuve miedo ante todo porque lo vi completamente nuevo para mí. Por incitación de mi ánimo alegre quise probar si podría quedar parado derecho sin ponérmelo yo. La prueba me dió buen informe: mi sayo quedó parado como el más fuerte bocacé sin que yo estuviere adentro. Era grueso y de la lana más fuerte, tejido no diferentemente a un *hábito de capuchino* y —para que se le asemejara completamente— de un color bayo, no abierto adelante sino cerrado por completo y cosido hasta el pecho. Cada vez que yo me vestía, creía ponerme un zamarro de colas de aldeano silesiano. Todo esto no me incomodó tanto sino que yo debí llevar esta vestimenta bajo un calor tan fuerte y experimentara lo que yo había temido. Pero me remedí para hacer pronto más suave y soportable el zamarro burdo y tieso, no tuve mejor medio que restregarme frecuentemente contra la pared lo que hacía reír con ganas a los Españoles que de improviso me encontraban en esta operación. /

Sotana de
novicio en
Indias

239

Hay que saber que los *novicios* llevan semejante vestimenta no en todas, pero si en algunas *provincias* de la tierra española, pero en cambio en todas las *Indias*, como también en los *Padres* en el tercer año de prueba que están vestidos con ella, sólo en los días de semana. Pero cuando se trata de que deben aparecer en la misa, ante enfermos, en el confesionario o en otros actos oficiales, se ponen la ropa negra. Más cuando ellos van a los hospitales y a las cárceles para barrer o llevarles la comida a los presos no se quitan la ropa baya sino que van con la escoba de barrer por debajo del brazo y con la otra mano llevan por las calles y la plaza la olla de la sopa de los pobres hasta la cárcel. Un buen ejemplo como se ven muy pocos iguales en Alemania.

Yo suporté todo con gozo e inmutable alegría en la consideración de que diariamente abreviaba el tiempo de mi año de prueba en la esperanza de aguardar el cumplimiento de mi an-

¹ Cf. nota de página 177 del MS original.

helo y emprender mi viaje a las *misiones*. No debía decirlo, pero nadie tomará a mal mi sinceridad que el deseo de llegar pronto a las *misiones indias* me ha hecho verter muchos miles de lágrimas. Fué al tiempo en que se celebró la *congregación provincial* o la reunión de los *profesos* más viejos de la *provincia* en *Córdoba* en que como he dicho debía ser elegido el nuevo *Procurator* para Roma. Ahí comparecieron muchos viejos *misioneros* de las *misiones paraquarias* y todos los *rectores* de los *colegios* pero ni uno solo de las nuevas e incipientes *reducciones* de los salvajes *indios* neófitos. Yo soporté una gran sollicitación [de ir] a estas viejas reducciones de parte del *P. Provincial*, por el superior / de estas *misiones* que su nombre era *Bernardo Nusdorfer*, según su tierra [era] un bávaro; pero mi pensamiento estaba dirigido sólo hacia los susodichos *indios Pampas* o alguna generación *india* completamente nueva, en lo demás desconocida que habrían abandonado recientemente el paganismo. Yo bien hubiera podido desvestir este tan incómodo sayo pardo y vi que algunos de mi compañeros de prueba entre quienes estaba también mi querido *P. Martín*¹ partieron con estos *misioneros* pero yo en virtud de mi firme voluntad debí demorar aún por seis meses. Ello no obstante sin el mayor sacrificio superfluo quedé envuelto en mi sayo. Bien para mí que por el continuo fregar ya estaba más suave.

240

¹ Se trata de Dobrizhoffer que en 1750 partió a San Javier y más tarde pasó a los Abipones. Cf. notas de páginas 11-74 de MS original.